

# *Treinta años de una llamada a la historia social* (*Un hito historiográfico de Jover Zamora*)

José A. PIQUERAS ARENAS  
Departamento de Historia Contemporánea  
Universidad de Valencia

## 1. EL DIFÍCIL CAMINO DE LA HISTORIA SOCIAL

Hemos aprendido que toda historia es, por definición, social. Convinimos igualmente que ello no es óbice para que pueda hablarse de una parcela dentro del campo histórico interesada esencialmente por el devenir de los grupos sociales, a la que denominamos «historia social». Pero para llegar a esta conceptualización, hoy considerada elemental, la historia ha tenido que moverse entre tanteos filosóficos, polémicas y arriesgadas hipótesis partícipes de cualquier corriente cultural en boga. En las presentes líneas vamos a interesarnos por la definición de la historia social en un momento determinado y por la aparición de nuevas perspectivas para un tema especialmente tratado por ella como es la historia de las clases trabajadoras en España.

Situar nuestro objetivo en su contexto es señalar la precaria situación creada en la ciencia histórica española al término de las guerras, civil y europea, circunstancia que iba a distanciarnos de las corrientes predominantes en el continente en un momento en el que se estaba operando en la historiografía una profunda renovación metodológica. El aislamiento internacional y las dificultades existentes para abordar históricamente las últimas centurias nos privaba de puntuales estudios realizados con rigor por profesionales, lejos ya de los antiguos trabajos realizados desde un enfoque social, muchas veces a la par de los hechos y escritos por alguno de sus protagonistas.

Las líneas predominantes entre los historiadores españoles de postguerra apuntaban temáticamente hacia un pasado, preferible cuanto más lejano, fijado en la época imperial y alejado, por tanto, de un siglo tan presuntamente conflictivo como el XIX, fundamental para

comprender un presente que se pretendía escamotear. Lo político y lo cultural fijaban los límites de una disciplina, erudita y descriptiva, estrictamente superestructural, que ni siquiera tenía en cuenta el precedente creado por Rafael Altamira.

El marco natural de la producción científica, la Universidad, aparece dominada por un conjunto de «patricios» que se cuidan de integrar a miembros de las nuevas generaciones para perpetuar un peculiar sistema de castas mediante el cual se esperaba proseguir en las líneas de investigación descritas. Y sobre la historia contemporánea comenzó a ejercer cierto monopolio un conocido grupo de inspiración espiritual entregado a la empresa de interpretar el pasado para justificar el presente.

Fuera de España, en el exilio, algunos hombres continuaban trabajando en la línea anterior a la guerra, haciendo en unos casos una historia paralela y parecida a la del interior y en otros una más crítica, pero en todo caso inaccesible a los profesionales y estudiantes españoles. Cuando alguna obra traspasaba la frontera, pasaba a valorarse exclusivamente por su contenido opositor al régimen político, sin tener demasiado en cuenta la calidad científica. Sólo así se explica la asimilación de unos textos tan simplistas y esquemáticos como los de Ramos Oliveira.

Se asistía, sin embargo, a una coyuntura especial para la historia: los *Annales*, por aspirar a una historia integrada, resaltaban el valor de lo económico y social, produciendo en los años inmediatos de postguerra obras de verdadera importancia que ampliaban los horizontes trazados por esta escuela en los años veinte y treinta. En 1949 Braudel publicaba *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (traducido en México al castellano en 1953) y en 1953 Lucien Fèbvre sus *Combats pour l'Histoire*, obras destinadas a influir poderosamente entre los jóvenes historiadores de nuestro país en las dos décadas posteriores. Se abre, también, la época de los hispanistas y muchos de los nuevos historiadores franceses ponen en práctica los avances metodológicos sobre el caso español, medio mediante el cual iba a llegarnos cierta conceptualización social de origen marxista. En concreto, y dedicando una especial atención al momento contemporáneo, aparece en Francia en 1947 una *Historia de l'Espagne* llena de intuiciones sobre el pasado más reciente, tratado desde una perspectiva social y con ánimo no tanto descriptivo como analítico. Su autor tendrá gran ascendencia sobre las futuras promociones hasta llegar a nuestros días. Era Pierre Vilar. Poco años después su libro era vertido al castellano por un historiador que comenzaba: Manuel Tuñón de Lara.

En un terreno distinto, también en 1953 aparecía lo que actualmente se considera una obra clásica de la historiografía sobre el movimiento

obrero español: *Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et Bibliographie): L'Espagne (1750-1936)*, de René Lamberet. Comenzaba a contarse con unas mínimas «herramientas» para la elaboración científica de nuestro pasado.

En ese contexto se publica en París la obra de un discípulo de Manuel Núñez de Arenas (introdutor, con Díaz del Moral, del rigor en los estudios sobre la historia de las clases trabajadoras españolas): F. G. Bruguera, *Histoire Contemporaine d'Espagne (1793-1950)* (1953), en la que por vez primera se ofrecía una interpretación sistematizada de los siglos XIX y XX. Una obra importante que, pese a ciertos defectos «mecanicistas», no merecía a nuestro juicio la reiterada desconsideración de la que ha sido objeto por quienes —todavía— no compartían las inquietudes subyacentes en el libro. Así sucede con la temprana crítica de Tuñón de Lara (1955). Otro es el caso de Pierre Vilar, quien aparece citado en el apartado de reconocimientos de la obra, pero que recientemente le dedicaba una alusión no muy afortunada (*Estudios sobre Historia de España*, Madrid, 1981). Bruguera, por el contrario, tendría una especial acogida en la Universidad de Valencia, recepción de la que no fue ajeno el autor sobre el que versa la parte central del presente artículo y que encontrará una continuidad en alguno de sus más brillantes alumnos.

En medio del academicismo imperante en el interior del país aparecen con voz propia dos historiadores sensibles a la renovación temática y metodológica: uno, en Barcelona, es Jaime Vicens Vives; el otro, José M.<sup>a</sup> Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valencia.

Vicens, como ha sido repetidamente relatado, asistió en 1950 al IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en París. Y de la «ciudad-luz» —una licencia retórica plenamente justificada en el presente caso— volvió a España deslumbrado y decidido a introducir en España la escuela de los *Annales* y a orientar sus propios trabajos hacia lo contemporáneo. Un año después comenzaba a poner en práctica su resolución iniciando la publicación de los «Estudios de Historia Moderna» con una clara finalidad renovadora. En 1952 daba a la imprenta su conocida *Aproximación a la Historia de España*, conjunto de hipótesis que pretendían avanzar lo que podría ser una interpretación moderadamente social, de la historia española.

Sobre Vicens se han escrito numerosas reseñas y valoraciones, por lo que se excusa ampliar las líneas dedicadas a su figura. Añadir, tan sólo, la publicación en 1959 de la obra que significativamente resumía las inquietudes historiográficas de una década: el tomo de la época contemporánea de la *Historia social y económica de España y América*.

## 2. UN HISTORIADOR INQUIETO, UN ENSAYO SINGULAR

En la coyuntura que hemos descrito, José M.<sup>a</sup> Jover publica a principios de 1952 un pequeño ensayo en el que recogía una conferencia pronunciada en abril de 1951 en el Ateneo de Madrid: *Conciencia burguesa y conciencia obrera de la España contemporánea* (Ateneo, colección «O Crece o Muere», 63 pp.). Hay una segunda edición de 1956. En 1976 se reeditó precedida de una presentación autocrítica dentro de una recopilación de trabajos del profesor Jover: *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, páginas 45-82).

¿Cómo podía ser el autor que, aun en el papel, llegaba a oponer burguesía y proletariado, no satisfecho con hacer pública mención de tales términos? Jover, qué duda cabe, no era un hombre políticamente comprometido. Es un joven intelectual católico (como deja entrever perfectamente en sus escritos) cuya actividad está fuera de sospecha, lo que le permite trabajar en sus interpretaciones históricas sin más condicionamientos que los de su conciencia. A pesar de ello, precisará años más tarde: «Si el autor creyó oportuno en tal ocasión —contra su costumbre— limitarse a leer lo previamente escrito sobre una extensión ajustada a la duración prevista para la conferencia, fue porque el tema resultaba, en el Madrid de 1951, lo suficientemente resbaladizo e inusitado como para que las palabras y los conceptos debieran ser ponderados y medidos antes de sacarlos a colación desde la tribuna del Ateneo.» Jover comprende la importancia de abordar el siglo XIX, conoce las realizaciones europeas y en absoluto participa de la corriente *reaccionaria* que sacude la historiografía española coetánea. Bien al contrario, es uno de los escasos autores que abre la ciencia histórica contemporánea a nuevos problemas y nuevos métodos, posibilitando el espléndido panorama de que ahora goza.

Su capacidad profesional le lleva a interesarse por los temas sociales porque, comprende, sin ellos no es posible interpretar la historia del XIX. En la introducción a la reedición de 1976 («Conciencia burguesa y conciencia obrera: de 1951 a 1976», pp. 11-16 de *Política, diplomacia y humanismo popular*) Jover recordaba las circunstancias que rodearon la elaboración del texto: cómo nada más tomar posesión de la cátedra de Valencia a principios de 1950 se puso a preparar un esquema del XIX; cómo se le propuso participar en una Historia Moderna que preparaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y cómo de tal proyecto sólo quedó una reunión de historiadores en El Escorial en enero de 1951. En dicha reunión, expuso la conveniencia de incorporar a esa Historia «los hechos referentes a todos los grupos sociales del pueblo español». El estado de la historiografía española en 1951 queda patente en el argumento utilizado para justificar tal

pretensión: los censos de las sociedades pasadas contenían unos grupos sociales, numéricamente mayoritarios (jornaleros, artesanos, etc.), excluidos de las historias políticas al uso. Decía Jover en *El Escorial*: «sectores (...) de que nos hablan las estadísticas, y que nos abruman con su magnitud numérica», casi queriendo pretextar ante sus colegas la existencia histórica de las clases populares mediante el recurso a fuentes utilizadas habitualmente por el historiador. Evidentemente, Jover sabía de la importancia de estas clases en la historia y no únicamente porque las reagruparan las estadísticas. No era tan fácil decir que la historia la hacen los hombres.

Ocurre, sin embargo, que las fuentes y la bibliografía existentes que se habían venido ocupando de la problemática social caían, en la mayoría de los casos, en las listas de la literatura «proscrita». Entra de este modo en contacto con las interpretaciones liberales y marxistas de la historia de España, sin rechazar nada aunque asimilando poco: su interés es temático; su método e interpretación es demasiado propio para incluirlo en una u otra escuela. Sólo en ocasiones asoman algunos prejuicios «tradicionales» para alterar la voluntad de un autor en gran medida contradictorio, al menos durante esta etapa. «En las filas anarquistas —dice en la p. 62, refiriéndose a la introducción de las ideologías de la clase obrera—, el *recurso a la violencia* permite jalonar las fases del movimiento de acuerdo con una sucesión de tácticas que no hemos de recordar aquí. En las marxistas, el fenómeno es más tardío, *pero más radical, más adentrado en supuestos ideológicos.*» (Subrayado nuestro.)

Las primeras obras que tratan del movimiento obrero de manera específica o dedicándole la merecida atención en una historia general, según las reseñas historiográficas al uso, son las de Casimiro Martí, *Orígenes del anarquismo en Barcelona* (1958), la citada de Vicens (1959) y, si se quiere, la *Historia de las Internacionales en España*, de García Venero (publicada en 1956-57 por Ediciones del Movimiento responde principalmente a una finalidad política). Son fechas más acordes con la tesis de la evolución de la sociedad española y de la Universidad coincidiendo con la reorganización económica y el abandono del aislacionismo político.

Nosotros queremos retrotraer la atención a 1951 y entonces el texto que nos ocupa adquiere valor de *insólito*. Dicho lo cual, convendrá añadir la siguiente reflexión: si, en términos generales, no se alcanza en historia nunca una interpretación definitiva, la relatividad de las conclusiones es considerablemente mayor cuando por causas externas la historia aparece constreñida a contenerse en unos estrechos límites investigativos: la «audacia» siempre está en relación con la tónica general del momento, no de los tiempos venideros. Con todo, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea* merece ser

rescatada para la reflexión en cuanto supone, sin ningún género de dudas, un hito en la historiografía social contemporánea. Un hito víctima de una paradoja: la disciplina ocupada de reseñar la evolución de la ciencia histórica sobre las últimas centurias ha tenido hasta hace muy poco en Jover a uno de sus escasos cultivadores. Y el autor no ha considerado —como a nuestro juicio debía— su propia obra. Piénsese en la práctica ausencia de referencias a su producción, en especial a ésta, en los trabajos «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)» (*El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, 1974) y «Corrientes historiográficas en la España contemporánea» (en *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, 1976).

En cuanto a la pretensión del autor al escribir el texto, la modestia vuelve a apoderarse de su pluma: Jover pretende bosquejar el desarrollo de la conciencia de la clase obrera, de su autoconocimiento, a lo largo del siglo XIX. Es decir, unos meros apuntes sobre la dinámica de los grupos sociales fundamentales de aquella sociedad, porque percibe la necesidad de estudiar al obrero en relación con las demás clases, no estáticamente. Pretende, en definitiva, una primera hipótesis sobre la cual poder trabajar posteriormente.

Sucede que en esos momentos el XIX español es la gran incógnita de nuestra historia. La preocupación académica gira por entonces en torno a los siglos XVI y XVII, en lo que el propio Jover denominará «etapa nacionalista». Del Ochocientos se conocían líneas generales y ni siquiera con un tratamiento desapasionado. Era un siglo cuya historia había sido «politicada» por el sistema. Una época en la que emergían la mayor parte de los conflictos que llegarán a hacer explosión en el XX. Pero por ello mismo ofrece el máximo interés al investigador atento al mundo que le rodea.

Lo que en un principio estaba destinado a quedar entre los asistentes a una simple conferencia trasciende —al menos— al ámbito universitario al convertirse en un pequeño libro de gran interés. ¿Quién iba a recoger el reto contenido en sus páginas? Algunos historiadores habían prestado atención a lo social en el campo de la historia moderna, pero sin adentrarse en lo contemporáneo y mucho menos en lo obrero. No había tampoco demasiados colegas del profesor Jover dedicados al XIX. Eran, pues, sus alumnos, los estudiantes en general, los receptores naturales del texto escrito.

No parece, sin embargo, que despertara excesivo entusiasmo entre los jóvenes investigadores o, al menos, no el suficiente como para que hicieran de los problemas propuestos objeto de trabajo. El «tanteo de posibilidades» no va a encontrar respuesta inmediata.

La prolongada labor docente de Jover Zamora en la Universidad de Valencia (1950-1964) posibilitó, en cambio, la transmisión oral de las preocupaciones que inspiraron el texto de 1951 a varias promociones



la burguesía tenía un sentido, adquiere para el artesano/obrero otro bien distintos, y así «revolución» se traduce en acción, en expresión de contenido vital, y «libertad» en ausencia de autoridad.

Entre 1868 y 1875, el tercer período, aparecería en España la auténtica conciencia proletaria. «Revolución social», «boicot», «huelga», se convierten en los nuevos mitos obreros, llamados a sustituir a los anteriores. El móvil deja de ser pasional para convertirse en económico.

Desde 1850 se habrían producido importantes cambios (demográficos, paso de una relación personal de producción a una relación social, entorno configurante de una psicología colectiva, etc.) que culminan en el sexenio con el triunfo de la burguesía de agitación y el auge del asociacionismo obrero. El 73, la República, representa —como el 48 francés— la quiebra de la fe en las utopías de la burguesía de agitación.

Un grupo social desarrollado simultáneamente al obrero, la «burguesía de negocios», toma las riendas del poder durante la Restauración, período bajo el que se produce una polarización social acrecentada por el efecto psicológico del optimismo burgués reflejado en la prensa.

El proletariado se deja llevar entonces por sus propias tendencias, dejando traslucir el escepticismo político que le ha producido su propia experiencia y el escepticismo religioso como herencia de la burguesía de agitación. El obrero pasa a moverse por la inseguridad (en la calle, ante las leyes, en el hogar, en el trabajo) y el entorno sombrío (la «oscuridad», según el concepto empleado por Jover); ambos elementos provocarán el resentimiento. Al proletario le queda el recurso a la fuerza material mediante la asociación y la marginalidad en las formas de comportamiento social.

Se configura a lo largo del proceso una actitud cultural en torno a unos ideales y un estilo de vida. Para Jover eso es lo esencial en la conciencia obrera; la adscripción a una organización política o sindical sería secundario. Las ideologías van a encontrar eco en la medida que conecten —como antes ocurriera con la burguesía de agitación— con esa conciencia definida ahora con plenitud. Una vez más, la clase obrera interpretará a su modo los ideales propuestos desde el exterior. En cambio, lo que según Jover significará una auténtica «revolución» va a ser la introducción del «evangelio de la violencia» (p. 62) al poco de formarse la conciencia obrera.

#### 4. AL PASO DE LOS AÑOS Y DE LAS IDEAS

Cualquier valoración que se realice en la actualidad de *Conciencia burguesa y conciencia obrera* debe tener en cuenta necesariamente la

fecha de redacción y los treinta años transcurridos desde entonces. Y no señalamos esta circunstancia para disculpar unas ideas extravagantes que el libro no contiene, sino para apreciar en su justa medida la importancia de una obra pionera en su día, clásica en la historiografía contemporánea y «actual» en nuestro tiempo. El «rescate» del texto, numerosas veces citado por los especialistas y únicamente recordado por su autor para indicar el uso de determinadas fuentes para el conocimiento social (en «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)»), no puede limitarse tampoco a dar «noticia» de la obra si queremos evitar un flagrante anacronismo. También tendremos ocasión de matizar lo de su «actualidad».

A estas alturas no vamos a descubrir la brillantez del profesor Jover en la exposición ni la aparente facilidad de sus páginas para resultar tremendamente sugestivas. *Conciencia burguesa y conciencia obrera* es, en primer lugar, un ensayo *literario* con afortunados recursos imbricados con la intencionalidad del autor. En el momento que escribe, el mayor conocimiento del siglo XIX está referido a la cultura y precisamente a través de la contraposición de actitudes culturales va a pretender poner al descubierto la evolución de las mentalidades sociales. Surgen así atractivas interpretaciones de obras plásticas jalonando el relato como recreación expresiva de los pasos dados por una clase nueva: el proletariado. La capacidad de evocar ambientes de la que hace gala Jover completa la visión y facilita al lector la asimilación de la tesis sustentada. Las últimas corrientes de la historia social defienden un criterio semejante al seguido por el autor, aunque no hay unanimidad sobre el método.

No son pocos, por otro lado, los aspectos discutibles del libro. El propio Jover comienza por reconocer la dificultad que representa estudiar un siglo sobre el que todavía no había ninguna «certidumbre objetiva y científica», un siglo polémico: «Es posible —dice— que algunos aspectos de la vida española decimonónica a que he de referirme guardan semejanzas con aspectos más recientes que la inmensa mayoría de nosotros ha llegado a vivir» (p. 11). El autor debe incluso reafirmarse en su pretensión: «es *Historia* lo que he pretendido escribir», saliendo al paso de las suspicacias que pudiera levantar.

*Conciencia burguesa y conciencia obrera* es, ante todo, un estudio de mentalidades. Ello vuelve a hacerlo un libro actual porque sólo en los últimos años la historia social ha vuelto su atención hacia la clase trabajadora como clase y no exclusivamente como movimiento, como organización de una parte de la clase. Sin embargo, el principal riesgo de historiar las mentalidades radica en la desvinculación del sujeto social respecto a las relaciones económicas y sociales que le han dado lugar. Se crea de tal modo la ilusión de un grupo autónomo cuya evolución depende de causas externas. Jover, en la última parte del tra-

bajo hace una referencia a los cambios producidos en el sistema de producción y su importancia para la adopción de una conciencia, pero no se detiene a establecer con precisión las relaciones que tales cambios han acarreado. La atención del autor se centra casi exclusivamente en el *modo* de vida, en detrimento del *medio* que la origina. Podemos olvidar como consecuencia de ese planteamiento que la clase obrera no es clase, fundamentalmente, por su psicología colectiva, sino por la posición que ocupan sus integrantes en un modo de producción históricamente dado respecto a los medios de producción. Y es precisamente en la producción donde adquiere carácter *social*. De la producción social y de la apropiación individual, propia del capitalismo, surge la convergencia en la desigualdad, el conjunto de condiciones y condicionantes que conforman una mentalidad colectiva, enriquecida con la experiencia humana, política, cultural, etc., que actúan como resultante y a la vez prefiguran actitudes de conformidad o de rechazo de la sociedad establecida.

En la historia de las mentalidades, reconoce Jover, es difícil señalar el momento a partir del cual es posible reconocer una conciencia determinada. Implícitamente se acepta la falta de unidad del tiempo histórico (los ciclos económicos, políticos e ideológicos, de los que hablan la escuela de los *Annales*). Necesariamente, una conciencia viene formándose en un proceso pese a manifestarse en una coyuntura especial. El contrapunto de la evolución nos lo ofrece en la actitud cultural de las burguesías, como indicamos antes. El enfoque cultural, tercer hallazgo en muchos sentidos, presenta, sin embargo, cierta deformación de los sujetos, cierto sometimiento de los tipos humanos a los prototipos literarios en una época en la cual, la literatura es ante todo sublimación. El romanticismo, indica Jover, «heroílica», exalta al pueblo a categoría de «fuerza histórica concreta» (p. 17). El resultado es la distorsión de algunas figuras que no siempre se ha podido evitar, pero que tampoco alteran el conjunto del relato. La experiencia valía la pena.

¿Cómo explicar, en cambio, el comportamiento de las clases populares hasta 1800 únicamente por la fuerza pasional? El siglo XIX está lleno de motines contra el encarecimiento de las subsistencias, un movimiento «científico». La exigencia del bienio progresista por las primeras leyes y la reclamación del derecho de no ceder en la calle y en la tribuna, tienen por qué justificarse. El «reflexo alemán de 1848» pone al asonantismo de la manifestación, responde a una motivación social concreta. La acción no es, sería la exhortación, la «viva» del «proletariado» por producir «más días y más noches en un deber que una rebelión» respectiva, pero, «ello no es incompatible con la exigencia de no las actividades «origen» «reclamaciones» que, por el solo contrario, a partir de la «Guarros». Pero el asonantismo es entendido en oposición a «reclamación», a «reclamación» de la situación social en una

conciencia, es evidente, si suscribimos la tesis de una conciencia obrera formulada desde principios del *Sexenio* —y la suscribimos—, que antes de ese momento el móvil popular es pasional. Aunque insistimos que «pasional» y «económico» no son categorías comparables.

La subordinación del pueblo a la burguesía en la fase ascendente de esta última clase no supone reducir a los sectores populares a sujetos pasivos de la acción histórica. El pueblo puede luchar por el programa burgués y estar luchando por el suyo mientras el feudalismo dificulta el desarrollo de unos y otros. La primera mitad del XIX cuenta con innumerables casos en que así sucede. Jover indica el valor de la intervención pública de las clases populares cuando su interés está por medio: el pueblo, por ejemplo, se abstendrá de salir a la calle cuando elementos burgueses se manifiesten en 1820 al concederse la aceptación por Fernando VII de la Constitución de 1812 (p. 18).

Burguesía y proletariado: una cuestión de primer orden. Según el modelo revolucionario clásico, Jover indica la necesidad de la burguesía de contar con el concurso de los restantes grupos afectados por el mantenimiento del *orden establecido*. ¿Qué otra relación se establece entre las dos clases más importantes del capitalismo? En las primeras páginas del libro se dice que presentar un «dualismo sustancial» entre burguesía y proletariado sería tanto como violentar el material histórico (p. 13). Atención: «presentar, en principio» —dice—, o sea, *a priori*. Los pasos dados sucesivamente por el artesano/obrero en el proceso de toma de conciencia responden al reconocimiento de un antagonismo «sustancial», existente socialmente desde el nacimiento de la sociedad capitalista y la proletarización de artesanos y campesinos. Jover comienza por reconocer la disparidad de intereses entre burguesía y clase obrera desde mediados de siglo. La «lucha de clases» se convierte para Jover en un mito marxista (p. 46), pero señala al mismo tiempo que en la Restauración «se ensancha la distancia que separa a las que van van siendo, cada vez más, auténticas *clases*» y se «rarifican» las relaciones *personales* entre los individuos de ambas. El resultado sería el enfrentamiento (p. 49), aunque entendido como contraposición de valores y el *choque* sociológico sin excluir el desenlace social. En la revisión de 1974 se rectifica la interpretación y la lucha de clases pasa a consistir en el reflejo de una realidad.

En relación con lo anterior está lo que a nuestro juicio constituye la mayor deficiencia del estudio: la ausencia de una explicación de lo que el autor entiende por el concepto de «obrero». Porque Jover al respecto deja suponer pero no define. Refiriéndose al objeto de estudio escribe que se propone estudiar cómo van marcando progresivamente su presencia en la historia del XIX «los grupos más numerosos y más enteramente dedicados al trabajo material» (p. 12). No estamos ante un circunloquio. Aceptario sería tanto como someter la categoría «clases»

a un reduccionismo cuantitativo y laboral que entraría en colisión con la importancia conferida a las ideas en el resto del libro. Tampoco esperamos encontrar la determinación social por las relaciones existentes entre los individuos y los medios de producción, relación económica y social: Jover hace explícita renuncia de la metodología y aún de la terminología materialista de la historia, hasta el punto de que en la actualidad es uno de los escasos historiadores de lo contemporáneo que sigue construyendo y empleando conceptos propios para referirse a los hechos y circunstancias históricas, siendo la tipología burguesa citada un ejemplo de ello. El investigador de 1950 quiere resolver la determinación de una clase acudiendo al psicologismo, tendencia que en los círculos intelectuales avanzados de finales de los años cuarenta pasaba por innovadora y casi definitiva para afrontar las ciencias sociales. Para el Jover de *Conciencia burguesa y conciencia obrera*, la determinación estadística, psicológica e ideológica facilitaba la determinación de los grupos sociales (p. 9). Aún hoy algunas corrientes sociológicas mantienen esos criterios.

Lo que hemos considerado una deficiencia, sin embargo, es suplido por la sensibilidad del autor para descubrir la dinámica social sometida a una relación dialéctica. Nos dice, por ejemplo, que desde 1848 «la trascendencia extraburguesa de la revolución está, pues, madura» (p. 24). El motín se ha convertido en «jornada»: la acción política de masas destinada a sustituir las formas y los fundamentos del sistema socioeconómico si es posible. Desde el 48 todo está preparado para no seguir secundando a los denominados «conspiradores románticos»: burguesía y pueblo comienzan a delimitarse. Bajo la utópica predicación de la «burguesía de agitación», de los sectores burgueses radicalizados por la frustración de los aspectos democráticos de la revolución, el obrero elabora unas formas de expresar su acción; su dependencia de los utópicos es el último eslabón que le une a otra clase a falta de una ruptura definitiva que no tarda en producirse: «El obrero español sólo responderá con un escepticismo airado, al menos en las capitales más ganadas por talleres y fábricas, a los reclamos de los distintos partidos políticos burgueses, tras la anarquía del 68, la gran desilusión del 73 y el enorme cansancio del 74 y del 75» (p. 28). Y ésta es otra de las aportaciones del ensayo: la explicación del apoliticismo obrero español, que desde su formulación ha venido repitiéndose invariablemente con la única innovación de una referencia a la revuelta fracasada del 69. A los treinta años el esquema parece todavía válido, como acertado fue establecer el *Sexenio* como la coyuntura en la que nació una auténtica conciencia proletaria generalizada (p. 35).

La clase obrera comienza a encuadrarse en organizaciones como refugio para sobrevivir, para imponer un modo de vida distinto, sin el acoso a que se veía sometido por una sociedad que le sobrepasaba.

Las organizaciones obreras serían un medio de integración social para unas gentes que habían perdido el amparo de instituciones seculares del tipo de la Iglesia. Es encomiable aquí el distanciamiento efectivo del autor respecto a la materia del texto. Viene unido a una voluntad de imparcialidad que no vamos a debatir porque se inscribe en la tendencia de la historiografía de postguerra europea. En numerosas frases del libro se deja traslucir una identificación con el catolicismo («en este albor, desdichadamente paganizante, del movimiento obrero español», p. 52), pero el espíritu crítico del autor le excluye del grupo de historiadores de sacristía más pendiente del porvenir de la religión que de establecer los hechos y las responsabilidades del pasado.

La organización obrera como integración social, señala y citábamos, pero en modo alguno como subordinación. La organización debe entenderse como «elemento precioso» para conquistar, *con el propio estilo*, un puesto en la ciudad terrena» (p. 59). Porque el obrero ha adquirido una conciencia propia, adaptando los ideales (ideas-fuerza o «mitos») a su visión del mundo de acuerdo con las necesidades. De este modo, el obrero distingue entre educación (asimilación social) e instrucción (conocimientos); a la inadecuación el pueblo llamará franqueza (p. 57) en oposición al formalismo burgués. La conciencia, viene a decir Jover, requiere marcar distancias.

Como balance podemos afirmar que treinta años después de haber sido escrito —y pese a contener aspectos muy discutibles, como hemos recogido—, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea* sigue conteniendo las más sugestivas y mejor escritas páginas sobre la clase obrera española, siendo recomendable una relectura —o una lectura para las promociones más jóvenes— por el interés que ofrece ahora cuando se buscan nuevos rumbos para la historia de las clases trabajadoras y cuando la historiografía social está cobrando un impulso notable.